

FUEGO Y NATURALEZA

(MEMORIAS DE RENTERÍA)

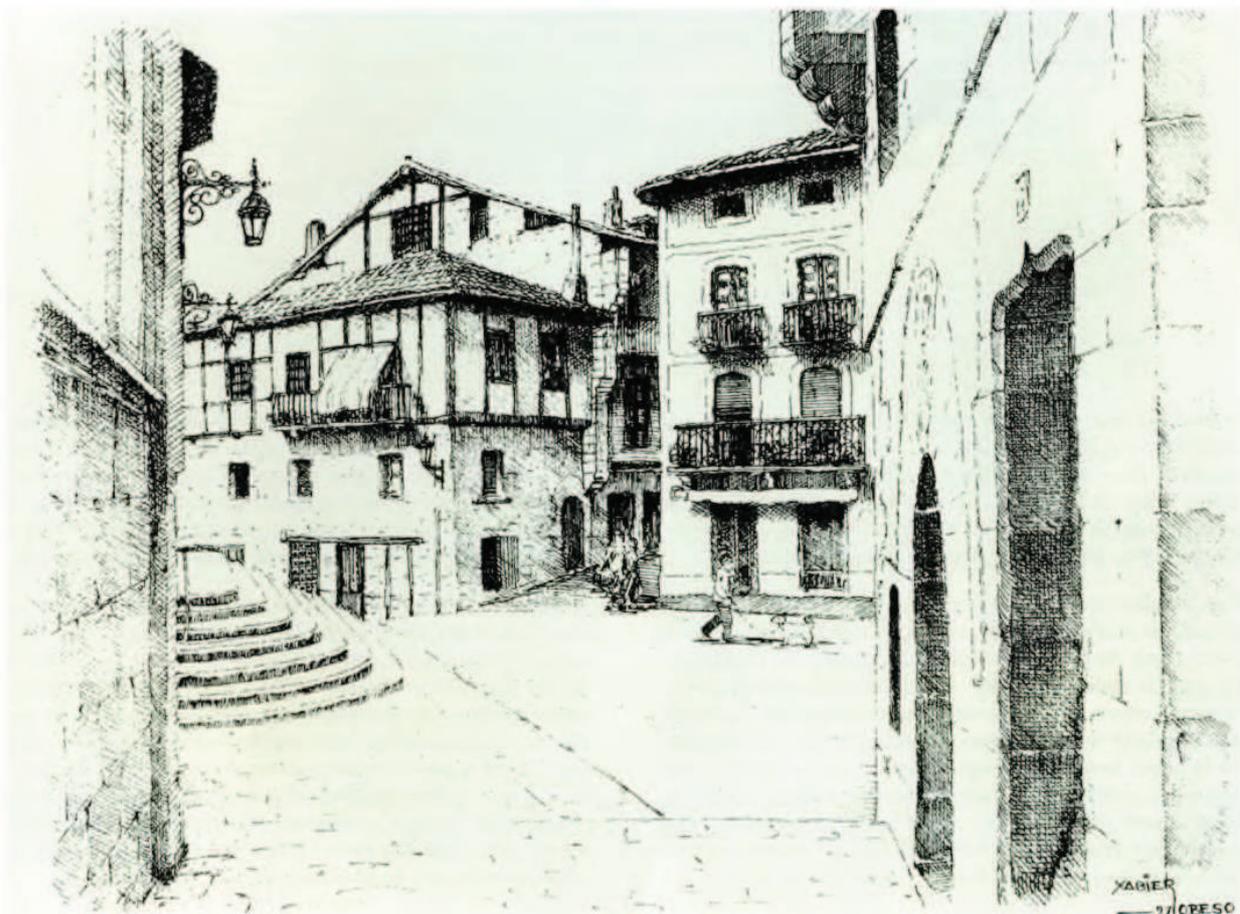
Gema Insausti Merino

El fuego de esta noche, 17 de abril, en la Papelera me sirve de punto de partida para hacer un nuevo viaje en el tiempo hasta situarme en los reflejos de mis ojos de niña, fijos en aquella hoguera en la que las monjas tenían por costumbre hacer desaparecer papeles y restos varios en una esquinita del patio. El olor a chamusquina te llevaba hasta el atardecer, cuando los "casheros" quemaban sus rastros, como si con ello pretendiesen ahuyentar a los malos espíritus. Antes de echarse la noche, el sol revestía de matices rojos, naranjas y amarillentos el verdor de la hierba y las metas secas.

La fogata colegial debía encerrar también, sin duda, algo místico, misterioso, que nos atraía a las niñas alrededor de aquellas llamas benefactoras de las que surgían pedazos de bolígrafo, herrumbres varias y hojas cuadrículadas a medio quemar. Demasiada gente para tan poco columpio: una noria giratoria verde, un balancín, creo recordar, de color

rojo, y el clásico columpio de dos plazas de color azul, situado al lado del jardín, de cuyas columnas pendían las rosas y los dondiegos. Demasiada gente, decía, para tan poco espacio y no todos los días, los huecos en la tapia de piedra ofrecían el espectáculo de las señoras recogiendo en la acera tila, que luego metían cuidadosamente en "zorros" de papel que les habían sobrado de la fruta. Ni sor María se encontraba una culebra entre la maleza con la que entretener al personal.

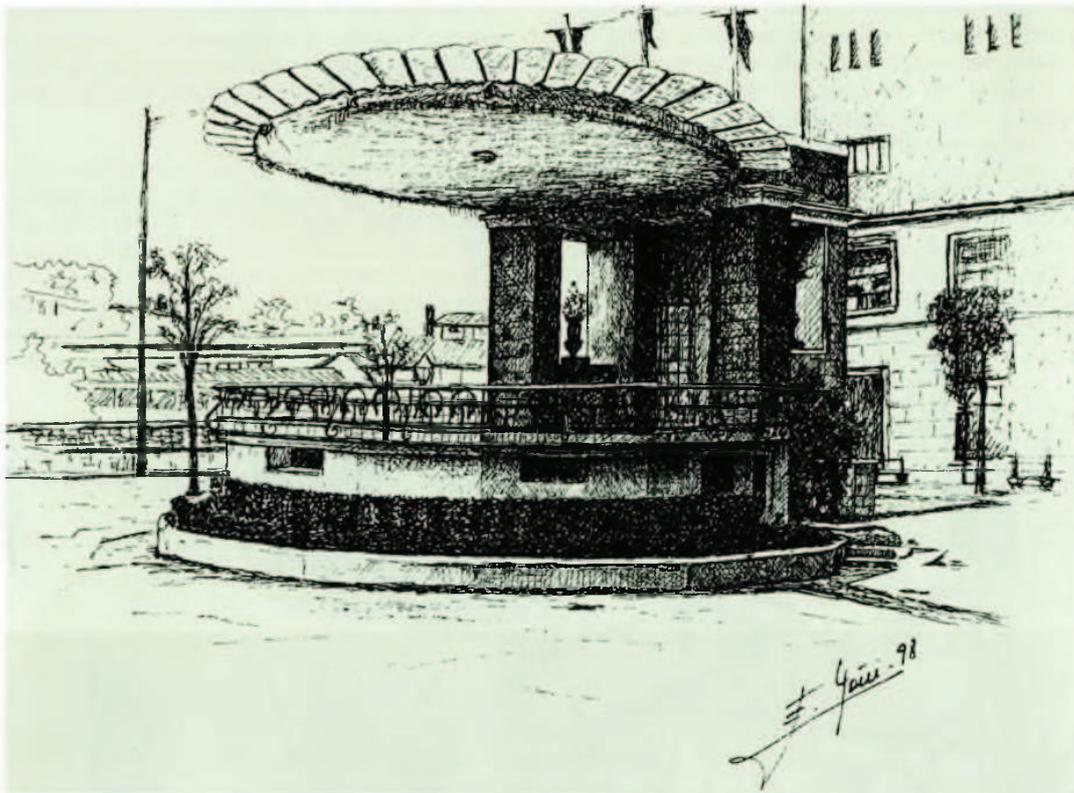
Luego sonaba el timbre y la peregrinación en pos del grifo era espectacular: ¡Insausti!, ¡sal de ahí, que te bebas la fuente! Arreciaban las colas en los dos grifos que pendían de la pared, sobre la vetusta fregadera de piedra. ¡Qué curioso! ¿Porqué nos entraría a todas la sed en el momento en que sonaba el timbre y no antes? Al cabo de tantos años, una buena parte del paisaje que se ofrecía a nuestros ojos tras aquel enrejado verde, ha sido pasto de las llamas.



Recuerdo haber visto parejas de jilgueros llegar hasta mi buhardilla y después perderse entre las tablas del aserradero, que vi desaparecer bajo el fuego, seguramente el mismo que utilizaban las monjas para hacer desaparecer sus restos. Como quiera que el edificio, con un fuerte olor a moho desde que yo lo recuerdo, amenazaba ruina, tocaba cambiarse, se imponía estrenar el nuevo, ese que todos los días prometían y nunca llegaba. Aunque... eso de irse hasta Zentolen... parecía los confines de la tierra, cada mañana coger el autobús con el informativo matutino, con la seguridad de tener aquel tazón de cola-cao infame e hirviendo a la altura de los zapatos cuando empezaba la primera clase y la incertidumbre que te producían los innumerables ruidos procedentes del motor del autobús en plena estrata y que más de una vez, fruto del esfuerzo, acababa con el motor quemado a medio camino.

casa algún bonito ejemplar de ortiguera, nacarada, vulcana o mariposa de la col, que abundaban por aquellas campas, revoloteando sobre aquellas margaritas grandotas, los botones de oro o las flores de cuclillo. Siempre preferí las aguilañas sobre todas las flores silvestres pero entonces solamente estaban en la parte de Agustinas y Zentolen. En la actualidad se las suele ver crecer majestuosas, azules, preciosas, en las orillas de la carretera que lleva a Perurena desde Pontika. Debemos cuidarlas porque son escasas y debemos evitar que desaparezca de Rentería una flor tan hermosa que crece de manera espontánea.

Ahora paseo algunas veces de camino a Mamut y vuelvo a ver las lagartijas asomarse sobre las piedras a la altura donde estuvo el viejo rectángulo de arena donde jugaba de niña. En los márgenes del río veo también de cuando en cuando alguna mariposa de las que he citado anteriormente revoloteando



Si por fortuna y lucidez mental decidías un día bajar andando (a lo mejor así llegabas antes), era casi un día de aventura en el que te llevabas la compañía de alguna rosa de las villas de las Agustinas, que se quedaba después de un tirón pegada en la mano. (Perdón por la salvajada infantil. Eran otros tiempos y todos hemos sido niños).

De cuando en cuando parábamos en los cementerios viejos, de pasada y de casualidad porque mi amiga tenía allí enterrada a una hermana suya que había muerto de meningitis. En aquella época, casi todo el mundo tenía un hermano o hermana mayor que había muerto de meningitis. No había que quedarse mucho tiempo mirando por allí, no fuera que de la cripta surgiese una figura blanca, vela en mano. Hay que tener miedo de los vivos, no de los muertos, decía mi abuela, pero por si acaso... mejor irse a jugar por el viejo puente de Luzuriaga a las huertas, a buscar algunas mariposas con el propósito (infelices de nosotras) de llevarnos a

teando sobre las flores de cultivo en Gabierrota, quizá sobre algún diente de león o algún botón de oro, tal vez sobre alguna de aquellas escasas margaritas gigantes aunque casi todas las que quedan son vulgares y pequeñajas, sometidas al capricho y la duda estúpida de quienes las arrancan (niños y no tan niños) para tratar de hacer frente a sus indecisiones.

Hoy, para contemplar flores silvestres hay que abandonar el asfalto renteriano y perderse por sus laderas, dejarse llevar por el encanto de una esquina de hierba en los confines de las Agustinas o prestar atención a cualquier parterre semiabandonado y repleto de zarzas en Beraun o en Pontika. La naturaleza está esperándonos en nuestro pueblo. ¿A qué esperamos para interesarnos por ella y admirarla? Espero y deseo de corazón que aquellas llamaradas de olvido con las que comienzo mi relato, no consumen nunca esta pequeña pero bella e interesante parte de la naturaleza de esta Rentería nuestra.